

1

Gabinete

Inchmale le pidió un taxi, de los que siempre eran negros la primera vez que ella vino a esta ciudad.

De plata nacarada, era éste. Con glifos de azul prusiano, anunciando algo alemán, servicios bancarios o *software* para empresas; un simulacro más estilizado de sus antepasados negros, su tapizado de falso cuero con una pizca de amarillo ortopédico.

—Su dinero mola —dijo él, dejándole caer un puñadillo de monedas de una libra en la mano—. Abre muchas puertas.

Las monedas todavía conservaban el calor de la máquina tragaperras de donde las había sacado, casi al paso, mientras bajaban por King's Algo.

—¿El dinero de quién?

—De mis compatriotas. Te lo doy libremente.

—No lo necesito.

Trató de devolverlo.

—Para el taxi.

Le dio al conductor la dirección de Portman Square.

—Oh, Reg, no fue tan malo —dijo ella—. Lo tenía en mercados financieros, la mayor parte.

—Tan malo como todo lo demás. Llámalo.

—No.

—Llámalo —repitió él, envuelto en un Gore-Tex japonés de espiguillas con muchas solapas y abrochado al revés.

Cerró la puerta del taxi.

Ella lo vio a través del parabrisas trasero mientras el taxi echaba a andar. Fornido y barbudo, se volvió ahora hacia Greek Street,

cuando era poco más de la medianoche, para reunirse con su tozudo protegido, Clammy de los Bollards. De vuelta al estudio, para continuar con su lucrativa pugna creativa.

Hollis se acomodó, sin fijarse en nada en absoluto hasta que dejaron atrás Selfridges y el conductor giró a la derecha.

El club, de solamente unos pocos años de antigüedad, estaba en la zona norte de Portman Square. Tras salir, pagó y dio una generosa propina al taxista, ansiosa por librarse de las ganancias de Inchmale.

El Gabinete, se llamaba; de Curiosidades, no se decía. Inchmale se había convertido en miembro poco después de que ellos, los tres supervivientes de Toque de Queda, hubieran cedido los derechos de «Hard to Be One» a un fabricante de automóviles chino. Tras haber producido un álbum de los Bollards en Los Ángeles, y con Clammy deseoso de grabar el siguiente disco en Londres, Inchmale había argumentado que hacerse miembro del Gabinete sería a la larga más barato que un hotel. Y lo había sido, suponía ella, pero sólo si hablabas de un hotel muy caro.

Ahora se alojaba aquí como huésped de pago. Dado el estado de los mercados financieros, fueran lo que fueran, y las conversaciones que había mantenido con su contable en Nueva York, sabía que debería buscar alojamientos más modestos.

El Gabinete, un lugar peculiarmente estrecho, aunque caro, ocupaba la mitad del espacio vertical de una casa del siglo XVIII cuya fachada le recordaba la cara de alguien que empezaba a quedarse dormido en el metro. Compartía un rico vestíbulo de sobrios paneles con quienquiera que ocupase la otra mitad del edificio, la de la zona oeste, y Hollis se había formado la vaga idea de que debía ser una fundación de algún tipo, quizá de naturaleza filantrópica, o dedicada a promover la paz en Oriente Medio. Algo silencioso, en cualquier caso, ya que no parecía tener visitantes.

No había nada, en la fachada ni en la puerta, que indicara su naturaleza, igual que tampoco había nada que indicara que el Gabinete era el Gabinete.

Había visto a aquellas dos famosas gemelas islandesas de pelo platino en el vestíbulo la primera vez que entró aquí, las dos bebiendo vino tinto en vasos de pintas de cerveza, algo que Inchmale consideró como una afectación irlandesa. No eran miembros, se apresuró a recalcar. Los miembros del Gabinete, en las artes escénicas, no llegaban a ser estrellas, y Hollis había dado por hecho que eso le venía tan bien a Inchmale como a ella misma.

Era la decoración lo que había convencido a Inchmale, le había dicho, y era muy probable que así fuera. Los dos estaban indiscutiblemente locos.

Al abrir la puerta, por la que podría haber entrado montando a caballo sin tener que agachar la cabeza para pasar bajo el dintel, la recibió Robert, un joven vestido con un traje a rayas cuya función principal era vigilar la entrada sin que lo pareciera especialmente.

—Buenas noches, señorita Henry.

—Buenas noches, Robert.

Los decoradores se habían contenido aquí, lo que quería decir que no se habían vuelto pública y maniáticamente locos. Había un enorme mostrador de madera ornamentada, con algo vagamente pornográfico entre viñas y racimos de caoba, ante el que se sentaba alguno de los empleados del club, hombres jóvenes en su mayor parte, a menudo con gafas de carey de las que uno sospecha que han tallado a partir de tortugas de verdad.

Más allá del agradable y arcaico montón de papeles del mostrador se enroscaban un par de escaleras de mármol simétricamente opuestas que conducían a la planta de arriba; esa planta se dividía, como todo lo que había tras este vestíbulo, en reinos gemelos de presunto misterio filantrópico y el Gabinete propiamente dicho. De la parte del Gabinete, de las escaleras que bajaban en sentido contrario a las agujas del reloj, llegaba ahora el sonido de bebidas en común, risas y conversaciones fuertes que resonaban con brusquedad en la piedra desigualmente translúcida, moteada de tonos de miel añeja, parafina y nicotina. Los bordes dañados de los escalones individuales habían sido reparados con trozos rectangulares de ma-

terial menos inspirado, pálido y mundano, que ella tuvo cuidado de no pisar.

Un joven con gafas de carey, sentado tras el mostrador, le entregó la llave de la habitación sin que se lo pidiera.

—Gracias.

—No hay de qué, señorita Henry.

Tras el arco de entrada que separaba las escaleras, la disposición de la planta se antojaba confusa. Indicativo, supuso, de alguna torpeza inherente a la división del plano original del edificio. Pulsó un gastado pero bien pulido botón de bronce para llamar al ascensor más antiguo que había visto jamás, incluso en Londres. Del tamaño de un armarito pequeño y poco profundo, más ancho que hondo, la cabina alargada de acero repintado de negro tardó su tiempo en bajar.

A su derecha, en las sombras, iluminada desde dentro por un aplique de museo edwardiano, había una vitrina con animales disecados. Aves, principalmente: un faisán, varias codornices, otros bichos a los que no pudo poner nombre, todos montados como si hubieran sido capturados en pleno movimiento, cruzando un césped de fieltro gastado, como de billar. Todos algo raídos, aunque no más de lo que cabría esperar de la edad que probablemente tenían. Tras ellos, antropomórficamente erecto, los antebrazos extendidos al estilo de un sonámbulo de historieta, había un hurón comido por las polillas. Sus dientes le parecían irrealmente grandes, por lo que sospechó que eran de madera pintada. Desde luego, sus labios estaban pintados, aunque no de carmín, lo que le daba un aire siniestramente festivo, como algo que temes encontrarte en una fiesta de Navidad. Inchmale, la primera vez que lo vio, le sugirió que lo adoptara como tótem, su bestia espiritual. Dijo que él ya lo había hecho, y que había descubierto desde entonces que podía provocar a voluntad de manera mágica hernias de disco a los ejecutivos musicales, haciendo que sufrieran horribles dolores y experimentaran una profunda sensación de indefensión.

Llegó el ascensor. Ella llevaba aquí el tiempo suficiente para

haber dominado los entresijos de la rejilla de acero articulada. Tras combatir la urgencia de saludar al hurón, entró en la cabina y subió, lentamente, al tercer piso.

Aquí, los estrechos pasillos y sus paredes pintadas de verde muy oscuro se retorcían de manera confusa. La ruta a su habitación implicaba abrir varias puertas, que suponía de incendios, ya que eran gruesas, pesadas, y se cerraban solas. Los cortos tramos de pasillo intermedio estaban adornados con pequeñas acuarelas de paisajes, sin gente, cada una con un lejano capricho arquitectónico. El mismo lejano capricho arquitectónico, había advertido, no importaba qué escena o qué región mostraran. Se negaba a darle a Inchmale la satisfacción que obtendría si le preguntaba por los cuadros, así que no lo había hecho. Había algo demasiado concienzudamente imperceptible en ellos. Era mejor no mencionarlos. La vida ya era lo bastante complicada tal como era.

La llave, unida a una pesada férula de bronce con gruesos borlones de seda marrón trenzada, giró suavemente en la enorme cerradura. Entró en la habitación Número Cuatro, y el impacto concentrado de las peculiaridades de los diseñadores del Gabinete quedó revelado teatralmente cuando pulsó el punto de madreperla situado en un botón de gutapercha, por lo demás de aspecto hogareño.

Demasiado alta, de algún modo, aunque imaginaba que era resultado de haber dividido, con cierta inteligencia, una habitación más grande. El cuarto de baño, sospechaba, tal vez fuera más grande que el dormitorio, si no se trataba de una ilusión.

Se habían enfrentado a aquella altura empleando papel pintado blanco, decorado con ornamentados cartuchos de negro brillante. Si los mirabas con atención, advertías que estaban compuestos de trozos ampliados de dibujos anatómicos de insectos. Mandíbulas de cimitarra, miembros picudos alargados, las delicadas alas (imaginaba) de las cachipollas. Los dos muebles más grandes de la habitación eran la cama, cuyo enorme marco estaba cubierto por completo de placas de tallas de marfil de barbas de morsa, con la enorme y ranciamente eclesiástica mandíbula inferior de una ballena colgada

en la cabecera de la cama, y una jaula de pájaros, tan grande que podría haberse metido dentro, suspendida del techo. La jaula estaba repleta de libros, y equipada en su interior con luces halógenas suizas de aspecto minimalista, cada bombillita enfocada en uno u otro de los artefactos residentes en la Número Cuatro. Y no se trataba de libros de pega, había recalcado orgullosamente Inchmale. De ficción o de ensayo, todos parecían tratar de Inglaterra, y hasta ahora ella había leído fragmentos de *English Eccentrics*, de Dame Edith Sitwell, y la mayor parte de *Rogue Male*, de Geoffrey Household.

Se quitó el abrigo y lo colgó de una percha tapizada de seda en el armario. Luego se sentó en el borde de la cama para desatarse los zapatos. La cama Piblokto Madness, la llamaba Inchmale.

—Histeria intensa —recitó ella ahora, de memoria—, depresión, coprofagia, insensibilidad al frío, ecolalia —lanzó de una patada los zapatos en dirección a la puerta abierta del armario—. Aguantata la coprofagia —añadió. Claustrofobia, este estado ártico, sujeto a la cultura. Posiblemente de origen alimenticio. Relacionado con la toxicidad de la vitamina A. Inchmale estaba lleno de este tipo de información, sobre todo cuando se encontraba en el estudio. Dale a Clammy un puñado de pastillas de vitamina A, le había sugerido ella, seguro que le vendrá bien.

Su mirada se posó en las tres cajas marrones sin abrir, apiladas a la izquierda del armario. Contenían ejemplares sin desprecintar de la edición británica de un libro que ella había escrito en habitaciones de hotel, aunque ninguna tan particularmente memorable como ésta. Lo había empezado justo después de que llegara el dinero del anuncio de coches para China. Se fue a Staples, West Hollywood, y compró tres endeble mesas plegables chinas, para colocar en ellas el manuscrito y sus muchas ilustraciones, en su suite en la esquina del Marmont. Aquello parecía muy lejano ya en el tiempo, y no sabía qué hacer con estos ejemplares. Las cajas con los ejemplares de la edición americana, lo recordó ahora, estaban todavía en la consigna del Tribeca Grand.

—Ecolalia —dijo, y se levantó y se quitó el jersey, que dobló y guardó en uno de los cajones altos del armario, junto a un pequeño popurrí disperso de ropa de seda. Sabía que si no lo tocaba no tendría que olerlo. Ponerse una bata blanca del Gabinete, más terciopelo que felpa, pero de algún modo sin eso que le hacía desconfiar tanto de las batas de terciopelo. Los hombres, sobre todo, parecían absolutamente indignos de confianza con ellas.

El teléfono de la habitación empezó a sonar. Era un *collage*, su enorme receptor de aspecto náutico, bronce recubierto de goma dentro de una horquilla de cuero sobre una caja cúbica de palisandro con esquinas de bronce. Su timbre era mecánico, diminuto, como si estuvieras oyendo el anticuado timbre de una bicicleta muy lejos en una calle silenciosa. Lo miró con mala cara, deseando que guardara silencio.

—Histeria intensa —dijo.

Continuó sonando.

Tres pasos y le puso la mano encima.

Era tan absurdamente pesado como siempre.

—Coprofagia —con eficiencia, como si anunciara un departamento en un gran hospital.

—Hollis —dijo él—. Hola.

Miró el auricular, pesado como un martillo viejo y casi igual de machacado. Su grueso cable, lujosamente envuelto en seda trenzada de color burdeos se posó en su antebrazo desnudo.

—¿Hollis?

—Hola, Hubertus.

Se imaginó descargando con fuerza el auricular contra el frágil palisandro, aplastando el viejo grillo electromecánico de su interior. Demasiado tarde. Ya se había callado.

—Vi a Reg —dijo él.

—Lo sé.

—Le dije que te pidiera que me llamas.

—No lo hice.

—Me alegro de oír tu voz.

—Es tarde.

—Entonces descansa —lo decía de corazón—. Me pasaré por la mañana, para desayunar. Volvemos esta noche. Pamela y yo.

—¿Dónde estás?

—En Manchester.

Ella se vio a sí misma cogiendo un taxi madrugador hacia Paddington, la calle delante del Gabinete desierta. Cogiendo el Heathrow Express. Volando a alguna parte. Otro teléfono sonando, en otra habitación. Su voz.

—¿Manchester?

—*Black metal* noruego —dijo él, llanamente. Ella imaginó joyas folclóricas escandinavas, y entonces se corrigió a sí misma: el género musical—. Reg dijo que podría parecerme interesante.

Bien por él, pensó ella. El sadismo subclínico de Inchmale a veces encontraba un blanco adecuado.

—Estaba pensando en dormir hasta tarde —dijo, sólo por ser difícil. Sabía que ya iba a ser imposible evitarlo.

—A las once, entonces. Tengo ganas de verte.

—Buenas noches, Hubertus.

—Buenas noches —colgó.

Ella soltó el auricular. Cuidado con el grillo oculto. No es culpa suya.

Ni de ella.

Ni siquiera de él, probablemente. Lo que fuera que él fuese.

2

Ciudad límite

Milgrim contempló los ángeles con cabeza de perro de Gay Dolphin Cove.

Sus cabezas, a una escala de algo menos de tres cuartos, parecían haber sido moldeadas con ese tipo de escayola que antes se usaba para decorar paredes de manera preocupantemente detallada: piratas, mexicanos, árabes con turbante. Casi con toda certeza habría ejemplos semejantes aquí también, en el más extenso tesoro de *souvenirs kitsch* a pie de carretera que había visto jamás.

Sus cuerpos, aparentemente humanoides bajo el blanco satén y las lentejuelas, eran alargados, esbeltos al estilo Modigliani, peligrosamente erectos, las arpas cruzadas piadosamente al estilo de las efigies medievales. Sus alas eran las alas de los adornos de Navidad, más grandes de lo que suele haber en un árbol común y corriente.

Estaban hechos, decidió, con media docena de diversos animales mirándolo ahora, desde detrás del cristal, para honrar sentimentalmente a las mascotas muertas.

Con las manos en los bolsillos de los pantalones, dirigió rápidamente la mirada a una complejidad visual más amplia pero no mucho menos peculiar, advirtiéndolo al hacerlo que muchos artículos mostraban motivos con la bandera confederada. Alfombras, imanes, ceniceros, estatuillas. Observó a un yóquey que le llegaba hasta las rodillas, ofreciendo un pequeño cenicero redondo en vez del tradicional aro. Su cabeza y sus manos eran de un sorprendente verde marciano (para no ofender a nadie, supuso). Había también orquídeas energéticamente artificiales, cocos tallados para sugerir los rasgos de alguna raza indígena genérica y colecciones preenva-

sadas de rocas y minerales. Era como estar en el fondo de una tómbola de Coney Island, donde los premios no reclamados se habían ido acumulando durante décadas. Alzó la cabeza, imaginando un gigantesco garfio triple, agente de la eliminación total, pero sólo había un enorme tiburón copiosamente barnizado, suspendido en el aire como el fuselaje de un avión pequeño.

¿Qué antigüedad debía tener un sitio como éste para tener, en América, la palabra «gay» en su nombre? Un buen porcentaje del material que había aquí, juzgó, había sido fabricado en el Japón ocupado.

Media hora antes, en North Ocean Boulevard, había visto niños-soldados tonsurados, vestidos con atuendos de *skaters* que todavía mostraban las arrugas de fábrica, mirando espadas para matar orcos fabricadas en China, con punta y serradas como las mandíbulas de depredadores extintos. El puesto del vendedor estaba adornado con coronas de Mardi Gras, toallas de playa con la bandera de la Confederación, diversas falsificaciones de artículos de *merchandising* de Harley-Davidson. Entonces se preguntó cuántos jóvenes habían disfrutado de la tarde en Myrtle Beach como diversión absoluta, antes de dirigirse al escenario bélico que les tocase, el viento agitando la arena por el Grand Strand y el bulevar.

En las salas de recreativos, juzgó, algunas de las máquinas eran más viejas que él. Y algunos de sus propios ángeles, no los mejores, hablaban de una cultura de la droga antigua y profundamente implantada, imbuida en la suciedad feriante del lugar, intersticial e inmortal; piel dañada por el sol, tatuajes ilegibles, ojos que miraban desde rostros que sugerían taxidermia de gasolinera.

Iba a encontrarse aquí con alguien.

Se suponía que iban a estar solos. Él no lo estaba, realmente. En algún lugar cercano, Oliver Sleight estaría observando un cursor-Milgrim en una página *web*, en la pantalla de su teléfono Neo, idéntico al del propio Milgrim. Le había dado a Milgrim el Neo en aquel primer vuelo de Basilea a Heathrow, recalcando la necesidad de

conservarlo en todo momento, y conectado, excepto cuando estuviera en un avión comercial.

Continuó avanzando, alejándose de los ángeles con cabeza de perro, de la sombra del tiburón. Pasó ante artículos de una historia ostensiblemente más natural: estrellas de mar, erizos, caballitos de mar, conchas. Subió un breve tramo de escaleras, desde el nivel de la acera, hacia North Ocean Boulevard. Hasta que se encontró directamente con la barriga de una mujer joven y embarazadísima, sus vaqueros de paneles de plástico químicamente distendidos de formas que sugerían pautas de desgaste barrocammente improbables. La tensa camiseta rosa revelaba su ombligo sobresaliente de un modo que le pareció alarmantemente un pecho gigante.

—Más vale que seas él —dijo la mujer, y entonces se mordió el labio inferior. Rubia, una cara que olvidaría en cuanto volviera la cabeza. Grandes ojos oscuros.

—Tengo que verme con alguien —contestó él, manteniendo con cuidado el contacto ocular, incómodamente consciente de que se dirigía al ombligo, o al pezón, que tenía justo delante de la boca.

Los ojos de ella se hicieron más grandes.

—No serás extranjero, ¿no?

—De Nueva York —admitió Milgrim, suponiendo que eso podría servir de explicación.

—No quiero meterlo en ningún problema —dijo ella, con suavidad y fiereza al mismo tiempo.

—Ninguno de nosotros lo quiere —la tranquilizó Milgrim al instante—. No hay ninguna necesidad. En absoluto —su intento de sonrisa pareció algo sacado a la fuerza de un juguete de plástico flexible—. ¿Y estás...?

—De siete u ocho meses —dijo ella, asombrada de su propia gravidez—. Él no está aquí. No le gusta esto.

—No nos gusta a ninguno —respondió Milgrim, y entonces se preguntó si era la respuesta adecuada.

—¿Tienes GPS?

—Sí —dijo Milgrim. De hecho, según Sleight, sus Neos eran de

dos tipos, americano y ruso, siendo el americano notablemente político, y con tendencia a fallar en las inmediaciones de lugares sensibles.

—Él estará aquí dentro de una hora —dijo ella, pasándole a Milgrim un papel doblado levemente húmedo—. Será mejor que empieces. Y será mejor que estés solo.

Milgrim inspiró profundamente.

—Lo siento —dijo—, pero si eso significa conducir, no podré ir solo. No tengo carné. Mi amigo tendrá que llevarme. Es un Ford Taurus Equis blanco.

Ella se le quedó mirando. Parpadeó.

—¿No la cagaron en Ford, cuando empezaron a ponerles nombres con efe?

Él tragó saliva.

—Mi madre tenía un Freestyle. La transmisión es una auténtica mierda. Si el ordenador se moja, el coche no anda. Hay que desconectarlo primero. Los frenos se gastaron a las dos semanas. Siempre hacían aquel ruido chirriante.

Pero parecía aliviada al recordar algo materno, familiar.

—Claro como el agua —dijo él, sorprendiéndose a sí mismo con una expresión que tal vez nunca había usado antes. Se guardó el papel sin mirarlo—. ¿Puedes hacer algo por mí, por favor? —le preguntó a su vientre—. ¿Podrías llamarlo, ahora, y hacerle saber que mi amigo conducirá?

El labio inferior se movió bajo los dientes delanteros.

—Mi amigo tiene el dinero —dijo Milgrim—. No habrá problemas.

—¿Y ella lo llamó? —preguntó Sleight, al volante del Taurus X, desde el centro de una perilla que recortaba ocasionalmente con la ayuda de una guía ajustable, sujeta entre los dientes.

—Indicó que lo haría —respondió Milgrim.

—Indicó.

Se dirigían tierra adentro hacia la ciudad de Conway, atravesaban un paisaje que a Milgrim le recordaba las inmediaciones de Los Ángeles, hacia un destino que no sentía demasiadas ganas de alcanzar. Esta carretera de múltiples carriles, salpicada de centros comerciales de venta de artículos de temporadas pasadas, un Home Depot del tamaño de un crucero, restaurantes temáticos. Aunque los detritos intersticiales hablaban todavía obstinadamente de actividad marítima y cultivos de tabaco. Fábula de antes de la Anaheimización. Milgrim se concentró en estos residuos, pues parecían centrarlo. Un solar ofrecía césped de jardín. Un centro comercial de tres pisos con dos tiendas de empeños. Un emporio de fuegos artificiales con su propia cancha vallada. Préstamos para comprar un coche. Apretadas filas de estatuas de jardín de hormigón, sin pintar.

—¿Era un programa en doce pasos lo que seguiste en Basilea?
—preguntó Sleight.

—Creo que no —respondió Milgrim, asumiendo que Sleight se refería al número de veces que le habían cambiado la sangre.

—¿Cuánto nos acercan esos números a donde él quiere que estemos? —preguntó Milgrim.

Sleight, de vuelta en Myrtle Beach, había introducido las coordenadas de la nota de la chica embarazada en su teléfono, que ahora descansaba en su regazo.

—Bastante —respondió—. Parece que estamos ya, a la derecha.

Estaban atravesando Conway, o en cualquier caso el extrarradio poblado de centros comerciales de lo que fuera que fuese Conway. Los edificios menguaban, el paisaje revelaba cada vez más los rasgos de una agricultura extinta.

Sleight redujo la velocidad, giró a la derecha, pasó a un camino de grava y piedra caliza aplastada, gris claro.

—El dinero está debajo de tu asiento —dijo. Avanzaban, con un suave y regular crujido de neumáticos sobre la grava, hacia una estructura de chapa pintada de blanco de un solo piso, rematada con

un tejado que carecía de porche. Arquitectura rural de carretera de una época anterior, sencilla pero firme. Cuatro pequeñas ventanas frontales habían sido modernizadas con láminas de vidrio.

Milgrim tenía entre los muslos el tubo de cartón con el papel de calco, dos barras de grafito envueltas en un *kleenex* en el bolsillo derecho de sus chinos. En el asiento trasero había la mitad de una hoja de cinco palmos de tablero de gomaespuma, por si necesitaba una superficie plana en la que trabajar. Sujetando el brillante tubo rojo con las rodillas, se inclinó hacia delante, rebuscó bajo el asiento y encontró un sobre de vinilo azul metálico con una cremallera integral y tres agujeros. Contenía suficientes billetes de cien para darle el grosor de un diccionario en rústica de buen tamaño.

El crujido de la grava cesó cuando se detuvieron antes de llegar a la entrada del edificio. Milgrim vio un primitivo cartel rectangular sobre dos postes ajados, manchados por la lluvia y los elementos, ilegible excepto por *FAMILIA*, en letras serif cursiva azul claro. No había otros vehículos en el irregular solar de grava.

Milgrim abrió la puerta, descendió del coche, se detuvo, el tubo rojo en la mano izquierda. Pensó un momento, luego lo abrió y sacó el arrugado papel de calco. Apoyó el tubo en el asiento de pasajeros, sacó el dinero y cerró la puerta. Un rollo de papel blanco semi-transparente era menos amenazador.

Los coches pasaban por la carretera. Recorrió los cinco metros que lo separaban del cartel, sus zapatos chirriando con fuerza sobre la grava. Sobre el *FAMILIA* azul metálico distinguió *CIUDAD LÍMITE* en lo que quedaba de rojo pelado; debajo, *RESTAURANTE*. Al pie, a la izquierda, habían pintado antaño, en negro, las siluetas infantiles de tres casas, aunque como el rojo, el sol y la lluvia las habían borrado hacía tiempo. A la derecha, con un azul distinto al de *FAMILIA*, había pintado lo que interpretó como una representación semiabstracta de colinas, posiblemente de lagos. Supuso que este lugar estaba en el extrarradio oficial de la ciudad o cerca de él, de ahí su nombre.

Alguien, dentro del silencioso edificio al parecer cerrado, golpeó bruscamente, una vez, la placa de cristal, quizá con un anillo.

Milgrim se dirigió obediente a la puerta principal, con el papel de calco sujeto en una mano como si fuera un modesto cetro, el sobre de vinilo apretado contra el costado con la otra.

La puerta se abrió hacia dentro, revelando un jugador de fútbol con un corte de pelo *mullet**, como los actores porno de los ochenta. O alguien con la constitución de uno. Un joven alto y de largas piernas con hombros excepcionalmente poderosos. Dio un paso atrás, indicándole a Milgrim que entrara.

—Hola —dijo Milgrim, entrando en el cálido aire quieto, los olores mezclados de desinfectante industrial y años de cocina—. Tengo su dinero.

Indicó el sobre de plástico. Un lugar sin usar, aunque listo para ser usado. Bola de Naftalina, Ciudad Límite, como un B-52 en el desierto. Vio el cristal vacío de una máquina de chicles, en su pedestal marrón arrugado.

—Póngalo sobre el mostrador —dijo el joven. Llevaba vaqueros celestes y una camiseta negra que parecían contener ambos un porcentaje de licra, y zapatillas de deporte negras. Milgrim advirtió un estrecho bolsillo rectangular en una posición extraña, muy abajo en la costura lateral derecha. Un clip de acero inoxidable sujetaba allí firmemente una gran navaja automática.

Hizo lo que le decía el joven, advirtiendo el cromo y el acero turquesa de la fila de taburetes que había delante del mostrador, cuya parte superior era de formica turquesa gastada. Desplegó parcialmente el papel.

—Tendré que calcarlo —explicó—. Es la mejor forma de capturar los detalles. Sacaré fotos primero.

—¿Quién hay en el coche?

—Mi amigo.

—¿Por qué no conduce usted?

* Pelo corto en toda la cabeza y largo por detrás. Lo popularizaron David Bowie y otros cantantes del *glam rock* en los años setenta. (N. del T.)

—Si bebes, no conduzcas —dijo Milgrim, y era cierto, al menos en cierto sentido filosófico.

En silencio, el joven rodeó un estante vacío de cristal que en tiempos debió contener cigarrillos y caramelos. Cuando quedó frente a Milgrim, rebuscó bajo el mostrador y sacó algo dentro de una arrugada bolsa de plástico blanco. Lo dejó caer sobre el mostrador y barrió el sobre de plástico hasta el extremo, dando la impresión de que su cuerpo, bien entrenado, hacía estas cosas por voluntad propia, mientras que él continuaba observando desde una distancia interior.

Milgrim abrió la bolsa y sacó un par de vaqueros doblados y sin planchar. Eran del tono beige que conocía como marrón coyote. Tras desplegarlos, los colocó sobre el mostrador de formica, sacó la cámara del bolsillo de su chaqueta y empezó a fotografiarlos, usando el flash. Tomó seis fotos de la parte delantera, y luego les dio la vuelta y sacó otras seis de la parte trasera. Sacó una foto de cada uno de los cuatro bolsillos con solapa. Soltó la cámara, volvió los pantalones del revés y los fotografió de nuevo. Tras guardarse la cámara, los colocó, todavía del revés, más ordenadamente sobre el mostrador, extendió la primera de las cuatro láminas de papel sobre ellos, y empezó, con una de las barras de grafito, a frotar para calcarlos.

Le gustaba hacer esto. Había algo inherentemente satisfactorio en ello. Lo habían enviado a Hackney, un sastre que hacía arreglos, a pasarse una tarde aprendiendo a hacerlo bien, y le complacía, de algún modo, que esto fuera un medio de robar información honrado por el tiempo. Era como hacer un calco de una lápida, o de un bronce en una catedral. El grafito semiduro, correctamente aplicado, capturaba cada detalle de costuras y pespuntos, todo lo que un copista necesitaría para reproducir la prenda, además de proporcionar la reconstrucción del patrón.

Mientras trabajaba, el joven abrió el sobre, sacó los billetes envueltos y los contó en silencio.

—Necesita un escudete —dijo cuando terminó.

—¿Cómo? —Milgrim vaciló, los dedos de su mano derecha cubiertos de polvo de grafito.

—Un escudete —dijo el joven, volviendo a meter los billetes en el sobre azul—. En el interior de los muslos. Se atan, si se hace rápel.

—Gracias —dijo Milgrim, mostrando los dedos manchados de grafito—. ¿Le importaría darles la vuelta por mí? No quiero mancharlos.

—Delta para Atlanta —dijo Sleight, tendiéndole a Milgrim un grueso sobre. Había vuelto a ponerse el molesto traje que había dejado para ir a Myrtle Beach, el de los pantalones cortos tan raros.

—¿*Business?*

—Turista —dijo Sleight, su satisfacción completamente evidente. Le pasó a Milgrim un segundo sobre—. British Midland para Heathrow.

—¿Turista?

Sleight frunció el ceño.

—*Business.*

Milgrim sonrió.

—Querrá una reunión en cuanto bajes del avión.

Milgrim asintió.

—Adiós —dijo. Se colocó el tubo rojo bajo el brazo y se dirigió a facturación, la maleta en la otra mano, y pasó directamente bajo una gran bandera del estado de Carolina del Sur, extrañamente islámica con su palmera y su media luna.